Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



El cristianismo en Roma

Ramón Teja

58

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-29313-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En portada, orantes cristianos (pintura mural de las catacumbas de San Jenaro, Nápoles). Izquierda, cristiano en oración (estela funeraria copta del siglo V)



**La Virgen y Jesús
(por Pere Serra,
Museo de Arte de Cataluña)**

El cristianismo en Roma

Ramón Teja Casuso
Catedrático de Historia Antigua. Universidad de Cantabria

La historia del cristianismo en sus primeros tiempos es inseparable de la del Imperio Romano. El cristianismo surgió y vivió sus primeros cuatro siglos en el ámbito político del Imperio. En cuanto conjunto de creencias y prácticas religiosas, el cristianismo es un producto del ambiente espiritual, religioso y social que caracterizaba a Roma. No se puede comprender lo que fue y significó el cristianismo primitivo sin conocer el medio social en que surgió y se desarrolló. Por ello, y con buen criterio, la mayor parte de las historias modernas del cristianismo se inicia con una descripción de la realidad política, social y económica del mundo mediterráneo encuadrado en el ámbito político del Imperio. Es lo que se suele denominar el Mundo del *Nuevo Testamento*. En realidad, la historia del cristianismo antiguo es un capítulo de la historia del Imperio, un capítulo cuya trascendencia en la historia de la humanidad en los últimos 2.000 años no es necesario resaltar, y que pone de relieve la importancia de la historia de la Antiguedad para comprender y conocer lo que ha sido y sigue siendo la cultura occidental que hunde sus raíces en esta época. La civilización occidental se identifica en gran medida con la civilización cristiana, por lo que se explica el rechazo que en muchos países orientales o del Tercer Mundo, deseosos de preservar su cultura y tradiciones, provoca la difusión del cristianismo por los misioneros cristianos, a los que se acusa de agentes o propagadores de una cultura que va estrechamente unida a unos sistemas políticos muy diferentes de los suyos.

Jesús, Judea y el mundo helenístico

El fundador del cristianismo, Jesús de Nazaret, fue un judío súbdito del emperador romano. Nació en torno al año 4 antes de nuestra era, en un momento en que la mayor parte del territorio judío de Palestina era un reino bajo el protectorado de Roma. La historia política de la Palestina de la época está dominada en gran medida por esta condición de dependencia o sumisión a Roma y los hechos más importantes de la vida de Jesús y de los primeros años del cristianismo están estrechamente vinculados estas vicisitudes políticas y en ellas encuentran su explicación. Por otra parte, Palestina desde hacía dos siglos había comenzado a ser influida por la cultura helenística de su entorno y, aunque en muchos aspectos conservaba grandes peculiaridades, se la puede considerar culturalmente como una provincia del mundo helenístico que políticamente estaba encuadrada en el Imperio.

El choque entre las prácticas tradicionales judías y las costumbres griegas produjo con frecuencia profundos traumas personales y colectivos. Basta recordar el hecho de que cuando al caer Jerusalén a comienzos del siglo II a.C. bajo dominio de los Seléucidas se creó un gimnasio al estilo griego, muchos jóvenes hebreos abandonaron la práctica de la circuncisión, pues se avergonzaban de aparecer desnudos en el gimnasio con las señales de esta vieja práctica judaica. La política de helenización radical promovida por Antíoco IV Epífanes (175-164) provocó una reacción política encabezada por los Macabeos, que llevó a la liberación del dominio seléucida y provocó un renacimiento nacionalista en el ámbito político y religioso. Con todo, las influencias exteriores continuaron produciéndose de forma irrefrenable aunque a un ritmo más lento.

Jesús nació durante el reinado del emperador Augusto y, de aceptar la noticia del *Evangelio* de Lucas, las vicisitudes de su nacimiento estuvieron marcadas por una medida política de este emperador para la realización de un censo de población cuyas circuns-

tancias no han podido ser aclaradas de modo satisfactorio por la historiografía moderna. Cuando a la edad de unos 30 años abandona su vida privada y se convierte en predicador ambulante por tierras de Galilea y Judea, gobierna en Roma el sucesor de Augusto, Tiberio. Mientras que Galilea dependía de Herodes Antipas, un rey títere al servicio de Roma, Judea formaba parte de la provincia romana de *Syria Palaestinensis* gobernada por el procurador Poncio Pilato del 26 al 36.

La vida religiosa, social y política de estas regiones conoce entonces una gran efervescencia debido a esta dominación romana, que muchos se negaban a aceptar y Jesús se ve inmerso de lleno en ella. Son precisamente estas circunstancias las que le llevan un año después de iniciada la predicación —según los *Evangelios* de Mateo, Marcos y Lucas, tres años según el *Evangelio* de Juan— a la muerte por crucifixión. La muerte fue dictada por el máximo representante del emperador Tiberio en Judea, el procurador Poncio Pilato, y ejecutada por soldados al servicio de Roma en Jerusalén. En esta muerte, que es el hecho que mejor conocemos de su vida, intervinieron también activamente las autoridades religiosas judías y es una buena prueba de hasta qué punto se entrecruzaban religión y política, tradiciones judías e imperialismo romano en la Palestina del siglo I de nuestra era.

Por desgracia, no es mucho más lo que nos informan las fuentes antiguas, cristianas o de otro signo, sobre la vida de Jesús de Nazaret, pero estos datos son suficientes para poner de relieve hasta qué punto su vida estuvo estrechamente relacionada con la sumisión de él y de su pueblo al poder romano.

De los varios millones de judíos que existían en el siglo I, sólo una pequeña parte vivía en Palestina. Desde hacía varios siglos y debido a las vicisitudes políticas y a las circunstancias económicas se habían ido dispersando por todo el ámbito del Mediterráneo y del Próximo Oriente.

En la mayor parte de las ciudades de estos territorios había colonias más o menos importantes de judíos y eran especialmente numerosos en Babilonia, Alejandría, Antioquía y Roma. Aunque separados físicamente de su tierra de origen, mantenían estrechas vinculaciones afectivas y religiosas con Jerusalén, a donde acudían en peregrinación en gran número con motivo de las grandes festividades religiosas. Pero si la vida de los judíos de Jerusalén y de otras ciudades judías estaba profundamente influida por la cultura griega que daba una cierta unidad al mundo helenístico, estos judíos de la dispersión o diáspora lo estaban mucho más. Su lengua habitual había pasado a ser el griego y habían adoptado las formas de vida y las costumbres del medio en que vivían e incluso su religión había sufrido profundas influencias de las creencias y prácticas religiosas del entorno.

El Templo de Jerusalén como lugar de culto fue reemplazado en estas colonias de la diáspora por la sinagoga, lugar de encuentro y de lectura y predicación de las Escrituras, que actuó como aglutinante de las comunidades judías en cada ciudad. Quizá el mejor representante de la coexistencia de tradiciones judías e influencias griegas en estas comunidades lo constituya Filón de Alejandría. Contemporáneo de Jesús, desarrolló una amplia producción literaria en lengua griega en la que, sin perder su fe judaica, efectuó una profunda reinterpretación de las *Escrituras* en el marco de la filosofía platónica e inició la interpretación alegórica de la *Biblia* siguiendo los métodos que los filólogos alejandrinos habían aplicado a los poemas homéricos. Fue en el ámbito de este judaísmo profundamente influido por el helenismo donde comenzó a difundirse la predicación cristiana tras la muerte de Jesús.

Las fuentes históricas

De la amplia literatura que generaron las primeras comunidades cristianas, la mayor parte es de contenido doctrinal y presenta importantes problemas de interpretación por desconocer en la mayor parte de los casos las circunstancias en que fueron compuestas y porque sus objetivos son más doctrinales que históricos. Constituye una excepción la obra denominada *Hechos de los Apóstoles*, recogida en el canon del *Nuevo Testamento*, que es la única de carácter histórico, aunque también plantea problemas derivados de la falta de acuerdo entre los especialistas sobre las circunstancias de su composición, autoría y objetivos. También las cartas de Pablo de Tarso contienen in-

Cristo ante Caifás
(Alberto Durero, Nuremberg)



formación valiosa, aunque hay discusiones sobre la autoría y la naturaleza de muchas de ellas.

Para la vida de Jesús la fuente principal son los *Evangelios,* pero tampoco son obras de carácter histórico y sólo informan detalladamente de las circunstancias de su muerte y con algunas contradicciones entre ellos. Algunos autores no cristianos proporcionan información complementaria pero no añaden datos importantes, si bien sirven para confirmar el carácter histórico de Jesús de Nazaret. Hay que señalar también que todas las fuentes disponibles sobre Jesús son bastante posteriores a los hechos que narran. Salvo las cartas de Pablo, que datan de unos veinticinco años después de la muerte de Jesús, las restantes se inician en torno al medio siglo después. Por otra parte, los *Evangelios* presentan problemas adicionales por tratarse de escritos muy peculiares en los que se recogen tradiciones orales que antes de fijarse por escrito han experimentado complejos problemas de transmisión.

La situación no es mejor para conocer la historia del cristianismo en el primer siglo que siguió a la muerte de su fundador. Sólo los *Hechos de los Apóstoles,* combinados con algunas cartas de Pablo, arrojan algo de luz en la reconstrucción histórica de un proceso que estuvo muy lejos de ser lineal y unitario. Una parte de los escritos relativos a la vida de Jesús y al primer siglo de historia de las primeras comunidades cristianas fue fijado posteriormente como escritura canónica y revelada, constituyendo lo que se denominó *Nuevo Testamento,* por oposición al *Antiguo,* pasando a constituir ambos el conjunto de la *Biblia* cristiana.

Pero hay otro importante grupo de escritos de las primeras comunidades cristianas que no fueron recogidos en el *Nuevo Testamento* pese a tener una antigüedad similar y que constituyen para el historiador una fuente de igual importancia. Algunos de estos escritos han sido agrupados en colecciones bajo el título de *Escritos de los Padres Apostólicos.* La distinción se basa en la creencia de que las obras recogidas en el *Nuevo Testamento* serían obra de los discípulos más importantes de Jesús, los Apóstoles, o de compañeros de éstos, mientras que los *Escritos de los Padres Apostólicos* serían la obra de los discípulos de los Apóstoles. La crítica moderna ha demostrado que esta interpretación y esta distinción no es correcta, pues hay muchos escritos del *Nuevo Testamento* que no son obra de los autores a los que se atribuyen y que algunas obras de los *Padres Apostólicos* son anteriores a algunos textos del *Nuevo Testamento.*

Junto a esta literatura, hay una amplia producción que se incluye bajo la denominación de *Apócrifos del Nuevo Testamento.* Se trata de obras que no fueron recogidas en el canon neotestamentario, a pesar de tener una antigüedad similar. El hecho de no incluirlas en el canon determinó que su texto no quedase fijado de modo definitivo, por lo que con el paso del tiempo fueron sufriendo manipulaciones y reelaboraciones. La mayoría de estos textos se ha conservado en versiones tardías ya manipuladas, aunque la crítica moderna ha podido establecer en muchos casos niveles de redacción tan primitivos como algunas obras del *Nuevo Testamento* o de los *Padres Apostólicos.* Esta literatura se ha visto incrementada por el hallazgo en 1945 en Nag Hammadi, en el Alto Egipto, de una amplia colección de códices del siglo IV perteneciente a una biblioteca gnóstica, secta cristiana del siglo II de carácter herético. Aunque la mayoría de las obras son de redacción tardía (siglo IV), hay algunos *evangelios* que se remontan a finales del siglo I y reflejan niveles de redacción contemporáneos o anteriores a los *Evangelios* canónicos.

Finalmente, están las fuentes no cristianas, romanas y judías. Las romanas se reducen a breves informaciones de Tácito y Suetonio y la más detallada de Plinio el Joven, ya en el siglo II. Las fuentes judías oficiales silencian casi totalmente a Jesús y al cristianismo. Informaciones importantes aparecen en las obras históricas del judío romanizado de la segunda mitad del siglo I Flavio Josefo, pero sus noticias sobre Jesús sufrieron interpolaciones tardías sin que la crítica moderna haya podido restituir el texto original. Hay que esperar a mediados del siglo II para que las noticias de origen griego y romano adquieran cierta importancia y continuidad.

La naturaleza y las circunstancias de composición y transmisión de las fuentes de los primeros siglos del cristianismo condicionan que la interpre-



Escena del Antiguo Testamento: Jacob y sus hijos llegan a Egipto (pintura mural, catacumbas de la Vía Latina, Roma)

tación de la historia del cristianismo de esta época esté sometida a los problemas que plantean la crítica y el análisis de estas fuentes.

Por otra parte, no es posible hacer una reconstrucción lineal de la historia de esta época, que se reduce fundamentalmente a la crítica histórico-filológica de los diversos grupos de fuentes y de las comunidades cristianas en que tuvieron su origen. Intentaremos, sin embargo, exponer una línea general de la evolución de las primeras comunidades cristianas basándonos en los datos proporcionados o inferidos de esta literatura.

Judeocristianos, helenistas y Pablo de Tarso

Jesús halló la muerte por haber chocado con las autoridades religiosas judías de Jerusalén. Su predicación encontró la oposición de las principales sectas sacerdotales, los saduceos y en menor medida los fariseos y, dado el indudable contenido político de su mensaje y el apoyo que encontró en amplios sectores populares, las autoridades judías lograron convencer a Poncio Pilato de la conveniencia de acceder a sus deseos. Inmediatamente después de su muerte, una parte de sus discípulos se aglutinaron llevados de las noticias sobre su resurrección y se presentaron en público en Jerusalén, dando una interpretación histórica de la figura del Maestro.

La historia de estos primeros tiempos ha estado dominada por la figura de Pablo de Tarso. Ello es debido a que es la persona que ha sido privilegiada por las fuentes escritas conservadas, en especial por los *Hechos de los Apóstoles* y por sus propias cartas. Esto ha sido en gran medida una consecuencia de que la concepción del cristianismo que Pablo defendía fue la que con posterioridad terminó por imponerse de forma mayoritaria. Ha sido la tarea de la crítica moderna el relativizar la importancia de la figura de Pablo mediante el rastreo y descubrimiento de otras concepciones del cristianismo contemporáneas a la suya y mediante la valoración de las diversas aportaciones, no sólo las paulinas, al cristianismo que en el siglo II se impondrá como mayoritarlo.

El *Libro de los Hechos de los Apóstoles* deja ver con claridad que inmediatamente después de la muerte de Jesús surgieron en Jerusalén dos grupos de seguidores del Maestro claramente enfrentados. Uno, aglutinado en torno a algunos de los Apóstoles más allegados a Jesús, como Pedro y los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago, y el otro Santiago, hermano de Jesús, constituyó un grupo que los estudiosos modernos denominan judeocristiano. Estos no aspiraban a separarse del judaísmo tradicional, sino que se atenían escrupulosamente a la observancia de la ley mosaica y comenzaron a elaborar una cristología incipiente que veía en Jesús al Mesías judío, a pesar de que ni su vida ni su muerte parecían corresponderse con las expectativas imperantes sobre la figura del Mesías. Frente a ellos, otro grupo, encabezado por Esteban y denominado por los *Hechos* como *de los helenistas,* debía estar constituido por judíos procedentes de la diáspora establecidos en Jerusalén y parece que se opuso resueltamente desde el principio a lo que el Templo y la ley judaica representaban. Ello provocó el inmediato rechazo y la oposición decidida de las autoridades religiosas judías que intentaron acabar con ellos violentamente, quizá con la connivencia de los judeocristianos. Su jefe, Esteban, fue muerto y la mayoría de sus seguidores se desperdigó por otras ciudades de Palestina y de la diáspora, en especial Antioquía.

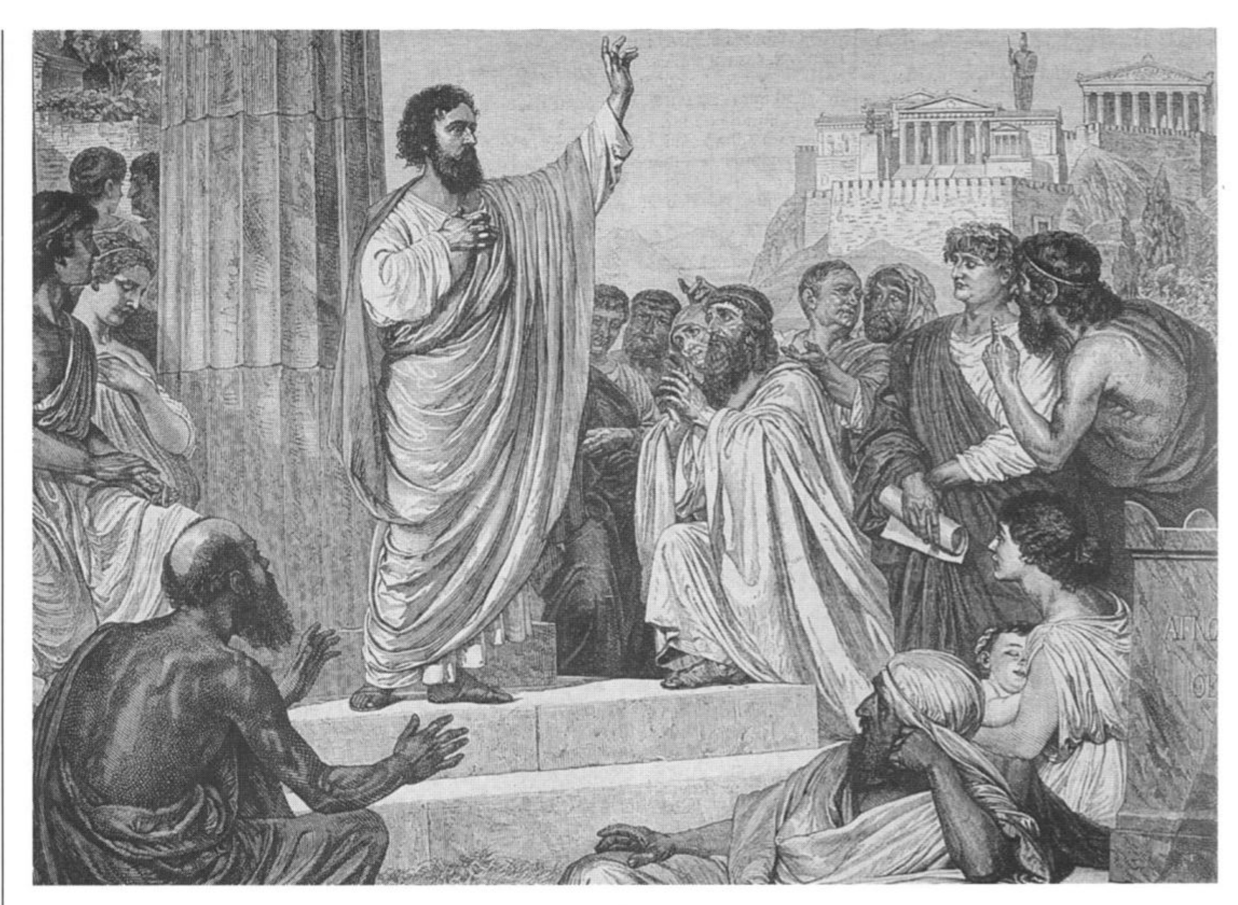
Es en este contexto de enfrentamiento de los dos grupos de seguidores de Jesús donde surge la figura de Pablo de Tarso. Nacido en esta ciudad de Cilicia, en el suroeste de Asia Menor, en que confluían las influencias del helenismo griego y de las civilizaciones del Próximo Oriente, procedía de una familia judía lo suficientemente acomodada como para haber obtenido la ciudadanía romana. Aunque su lengua era el griego, había recibido una educación tradicional judía en la propia Jerusalén y cuando se produjo el ataque de las autoridades del Templo contra los cristianos helenistas parece que fue comisionado por el Sumo Sacerdote para continuar su persecución en Damasco. En este momento un acontecimiento extraordinario que él mismo describe como una aparición de Jesús resucitado cambió su vida y determinó su adhesión al cristianismo.

Sus primeros años cristianos son oscuros e impiden saber si la primera concepción cristiana que aceptó fue la de los judeocristianos, la de los helenistas o alguna otra con marcadas aportaciones de su propia personalidad. Los primeros diez años como cristiano los consume en una labor misionera en Arabia, Siria y en su propia patria, Cilicia. Aquí fue a buscarlo un cristiano de origen pagano, Bernabé, que lo llevó a Antioquía, donde tuvo que enfrentarse con las profundas discusiones producidas por el enfrentamiento entre la concepción judeocristiana y la helenista.

Pablo ya había optado por un cristianismo abierto a los paganos y había roto con la concepción del pueblo judío como pueblo elegido a quien estaba reservado el mensaje cristiano. Pero, impresionado, sin embargo, por la autoridad de que gozaba la comunidad madre de Jerusalén, intentó una mediación entre las diversas concepciones y logró un compromiso que le permitía predicar *su* evangelio libremente a los paganos. Inicia así hacia el 45 una nueva campaña misionera en Chipre, Panfilia y centro de Asia Menor, que se vio interrumpida de nuevo por la obstinación de los cristianos de Jerusalén por imponer a todos la observancia de la ley judaica y las prácticas rituales. En estos momentos, la autoridad de Santiago, hermano de Jesús, había desplazado de la dirección de la comunidad de Jerusalén a Pedro y los otros Apóstoles, y Pablo, a finales de los años 40, emprendía una nueva campaña misionera por las ciudades del Egeo, desentendiéndose totalmente de las autoridades judeocristianas.

El éxito de esta nueva campaña, bien conocida por sus propias cartas que datan de esta época y por la narración de los *Hechos,* se vio obstaculizado por la acción de los misioneros judeocristianos que habían salido ya de los límites palestinos y habían iniciado la predicación en la diáspora y por otros predicadores cristianos de diversas tendencias, entre los que se advierten las primeras manifestaciones del gnosticismo. Pablo, sin embargo, no cedió en su acción llevado de la convicción absoluta en la verdad de su evangelio y del radicalismo de que siempre dio pruebas.

Con todo, por razones no bien conocidas, tras unos diez años de acción



Predicación de san Pablo en Atenas (*La Ilustración Artística*, 1885)

misionera en esta nueva etapa, hacia el 58 intentó de nuevo establecer la paz con la comunidad de Jerusalén. Para ello se trasladó personalmente a la capital aportando una importante donación económica que había recolectado en los últimos años entre las comunidades por él fundadas para ayudar a los cristianos de Jerusalén en dificultades económicas. Esta actuación no dio los resultados esperados y, por el contrario, marcó un giro decisivo en la vida de Pablo, pues, denunciado por sus enemigos cristianos de la ciudad que provocaron un motín en el Templo contra él, fue arrestado por las autoridades romanas y trasladado a Roma, donde moriría algunos años después.

Los primeros contactos con Roma y la rebelión judía

Pablo es un símbolo del rumbo que el cristianismo tomaría en el futuro, motivado fundamentalmente por acontecimientos políticos. Mientras vivió, las comunidades por él fundadas y la concepción del cristianismo que defendía fueron minoritarios. La corriente mayoritaria era, sin duda, la representada por los judeocristianos y por otras concepciones de tipo helenista. Estas diversas corrientes encontraban su principal punto de confluencia en Antioquía y otras grandes ciudades helenísticas, pero Jerusalén conservaba todavía un prestigio y una autoridad que hacían de ella la comunidad hegemónica respetada por casi todos. Pero una serie de hechos acontecidos entre los años 60 y 70 iba a marcar un giro decisivo en el porvenir del cristianismo.

Cuando Pablo llegó preso a Roma existía ya en la capital una comunidad cristiana de orígenes desconocidos. Pero era opuesta a él, como revelan el fracaso de sus esfuerzos por atraerla mediante la conocida *Carta a los Romanos* y la indiferencia con que fue recibido. Absuelto tras una larga espera, los últimos años de su vida son desconocidos. No hay pruebas de que viajase a Hispania según el deseo que expresó en la misma *Carta*. Posiblemente murió en la persecución de Nerón del 64, a raíz del incendio de Roma.

La persecución se debió al hecho de que las autoridades romanas ya habían aprendido a distinguir a los cris-

tianos de los judíos. Posiblemente fueron estos últimos los instigadores. En cualquier caso, al margen del número de víctimas y de la importancia de éstas (¿Pedro? ¿Pablo?), el hecho más significativo es que a partir de estos momentos los cristianos dejaron de beneficiarse de la benevolencia de los romanos hacia los judíos y en adelante serán vistos por las autoridades romanas con prevención, con recelo o con oposición abierta. Se inician así 250 años de historia cristiana de enfrentamiento más o menos abierto con el poder imperial, que marcará profundamente su evolución interna. El cristianismo a partir de ahora tendrá que adaptarse a la nueva situación.

En Jerusalén también las cosas cambiaron bruscamente. El 62 fue asesinado Santiago, el hermano de Jesús, por obra del sumo sacerdote Ananías y como consecuencia de los enfrentamientos entre las sectas judías. Fue sustituído por un primo de Jesús, Simeón, hombre de escasa personalidad, sin el carisma y prestigio de Santiago. Poco después, en el 66, se produjo la rebelión judía contra Roma, reprimida duramente en el 70 y que acabó con la destrucción de Jerusalén y el Templo. Los cristianos, cuya postura ante la rebelión se desconoce, sufrieron también las consecuencias de la represión. Parece que los supervivientes huyeron a Trasjordania y allí se mantuvieron muy aislados de las restantes corrientes cristianas, con lo que el judeocristianismo quedó al margen de la evolución que afectó al cristianismo en el ámbito helenístico y romano y pasaría después a ser considerado como una secta herética por el cristianismo mayoritario y sus miembros conocidos con el nombre de ebionitas o nazarenos.

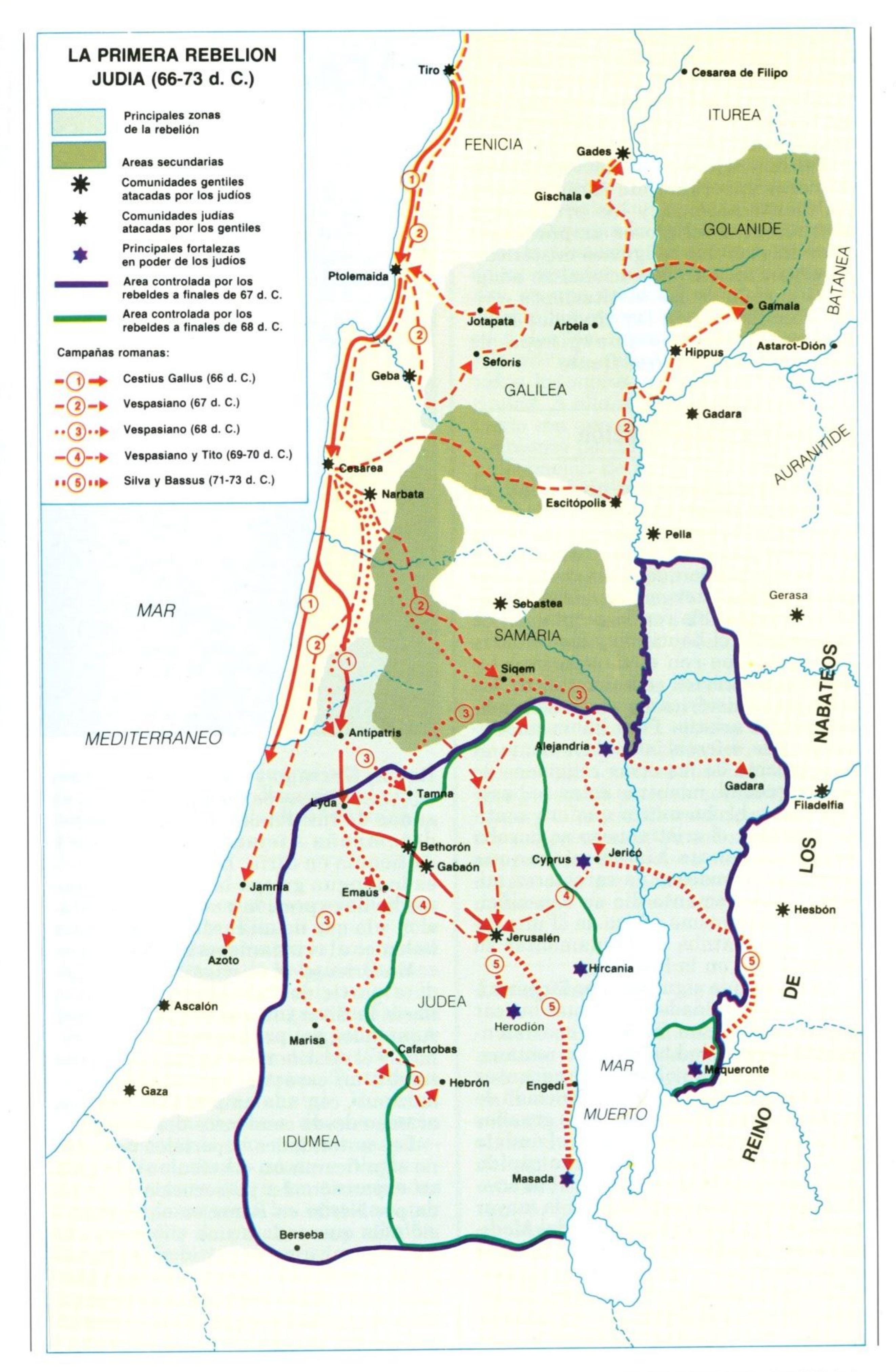
El triunfo del helenismo

Los años que siguieron a la persecución de Nerón y a la destrucción del Templo fueron decisivos para el futuro del cristianismo. Si para el judaísmo la catástrofe del 70 marcó toda su historia posterior, no menor fue su influencia en el cristianismo. Con razón el historiador inglés S. G. T. Brandon lo consideró como el hecho más importante en la historia del cristianismo después de los acontecimientos relacionados con la Resurrección. Sin embargo, son años oscuros y mal conocidos a pesar de que es la época en que se desarrolla la mayor parte de la literatura cristiana primitiva, canónica o extracanónica. Pero, como ya se apuntaba, no existe cronología segura de la mayoría de estos escritos ni noticias de los contextos en que surgen. En cualquier caso, esta literatura demuestra la vitalidad de la mayor parte de las comunidades cristianas del momento.

Con el aislamiento de los judeocristianos y la desaparición de Pablo, en su mayoría las comunidades se vieron desorientadas. Muchos cristianos vieron en la destrucción del Templo la llegada de la *parusía* que la mayoría creía inminente. Al no producirse ésta, lo interpretaron como un castigo divino al pueblo de Israel que no había aceptado a su Mesías y hubieron de rearmarse ideológica e institucionalmente para abordar la nueva situación. Desplazados los judeocristianos, de alguna manera se impuso la concepción de Pablo. Pero el cristianismo de Pablo, que preveía una vuelta inminente de Cristo, se basaba en unas comunidades en las que predominaba la inspiración personal, el carisma y el profetismo sobre unas instituciones estables, casi inexistentes. La nueva espera se presentaba larga y había que dotarse de una nueva moral y de unas instituciones adaptadas para convivir con la sociedad helenístico-romana. La mayoría de los escritos del final del siglo I y comienzos del II responde a los nuevos planteamientos.

Se configura así lentamente una nueva concepción del cristianismo que se puede denominar *eclesiástica*, en que se pone el acento en la moral, individual y colectiva, en las obras y el mérito frente a la inspiración del espíritu y asimismo en la creación de unas instituciones estables que regulen la vida de cada comunidad.

Este lento proceso, que se va plasmando en torno al año 100, estuvo muy lejos de ser unitario, pues fue el resultado de la adaptación a cada situación concreta según las propias tradiciones. Los diversos escritos de la época reflejan claramente esta variedad de planteamientos y soluciones, que fue seguramente lo que garantizó una mayor difusión del cristianismo. Visto con una perspectiva histórica es en este momento cuando se produce la separación definitiva de la sinagoga.


LA PRIMERA REBELION JUDIA (66-73 d. C.)
Principales zonas de la rebelión
Areas secundarias
Comunidades gentiles atacadas por los judíos
Comunidades judías atacadas por los gentiles
Principales fortalezas en poder de los judíos
Area controlada por los rebeldes a finales de 67 d. C.
Area controlada por los rebeldes a finales de 68 d. C.
Campañas romanas:
1 Cestius Gallus (66 d. C.)
2 Vespasiano (67 d. C.)
3 Vespasiano (68 d. C.)
4 Vespasiano y Tito (69-70 d. C.)
5 Silva y Bassus (71-73 d. C.)
Tiro
Cesarea de Filipo
ITUREA
FENICIA
Gades
Gischala
GOLANIDE
BATANEA
Ptolemaida
Jotapata
Arbela
Gamala
Seforis
Hippus
Astarot-Dión
Geba
GALILEA
Gadara
AURANITIDE
Cesarea
Narbata
Escitópolis
Pella
Gerasa
MAR
Sebastea
SAMARIA
Siqem
NABATEOS
MEDITERRANEO
Antípatris
Alejandría
Gadara
Filadelfia
Tamna
Lyda
Bethorón
Gabaón
Cyprus
Jericó
LOS
Jamnia
Emaús
Hesbón
Jerusalén
Azoto
Hircania
DE
Ascalón
JUDEA
Herodión
Marisa
Cafartobas
Maqueronte
Hebrón
Engedí
MAR
Gaza
MUERTO
REINO
IDUMEA
Masada
Berseba

Pero al propio tiempo heredó el ritualismo judío, ciertas practicas comunitarias y una visión del mundo y del hombre profundamente impregnada del dualismo de origen iranio que había adoptado el judaísmo tardío.

Del helenismo contemporáneo toma la moral imperante, de carácter esencialmente estoico, y las prácticas y sentimientos religiosos ampliamente difundidos en las religiones mistéricas. La organización institucional se adapta al modelo de las instituciones cívicas dominantes en las ciudades helenísticas y romanas con un *episcopos* de carácter monárquico al frente.

Difusión y consolidación

En este contexto son profundas las diferencias entre unas comunidades y otras, pero hay una serie de elementos comunes que no fueron discutidos y que la diferencian de otras sectas religiosas: el monoteísmo, la adoración de Cristo compatible con la aceptación de la escritura, el bautismo y las comidas en común que con el tiempo irán tomando el carácter sacramental de las religiones mistéricas y se transformarán en Eucaristía. Pero había un elemento que diferenciaba claramente al cristianismo de las otras religiones de la Antigüedad; mientras éstas se basaban en un hecho mítico que era sentido como tal, el cristianismo se basaba en un personaje histórico, aunque pronto se le rodease de caracteres míticos. Este elemento dio su especificidad al cristianismo e hizo de él una religión que trataba de fundamentar su autenticidad en la historia.

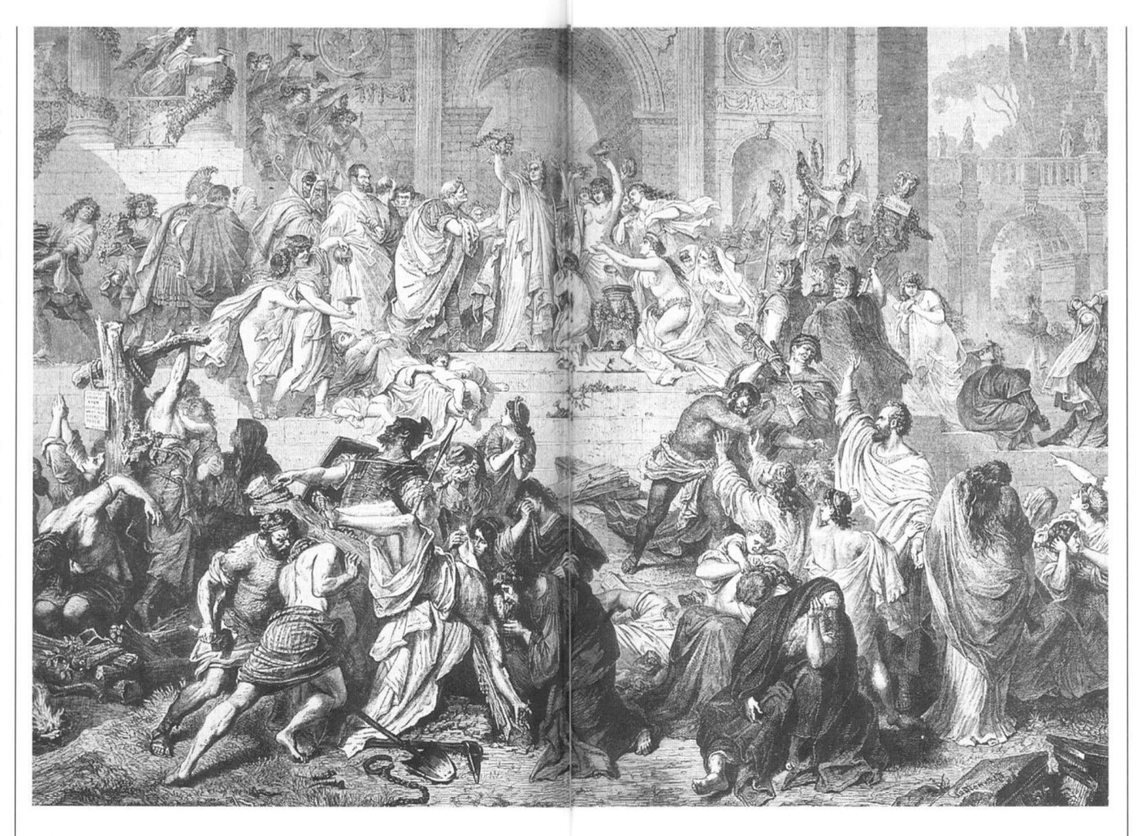
La crisis que siguió al año 70 permitió a las comunidades cristianas buscar un acomodo y una forma de coexistencia con la sociedad helenístico-romana. Las condiciones políticas imperantes en el siglo II, con la paz generalizada de la época de los Antoninos y los grandes trasiegos de personas en todo el ámbito mediterráneo, facilitaron una rápida difusión. A lo largo del siglo II el cristianismo se va extendiendo en la mayor parte de los países ribereños del Mediterráneo, aunque las comunidades más importantes y numerosas siguen estando en las ciudades de Asia Menor y la cuenca del Egeo. En Occidente algunas metrópolis importantes como Roma, Cartago y Lyon actúan como centros difusores en sus respectivas zonas de influencia. El mismo papel desempeña Alejandría en Egipto y Antioquía en Siria. En todos los casos es la lengua griega la que sirve como medio de expresión y vehículo de difusión y la que da un carácter netamente helénico al cristianismo mediterráneo.

En Oriente, el cristianismo se difunde a partir de Palestina y Antioquía hacia la Siria interior y Mesopotamia. Aquí la lengua predominante es el arameo y el cristianismo de estas regiones tendrá un carácter marcadamente judaizante, con una amplia literatura en arameo desde comienzos del siglo II.

Las autoridades imperiales romanas no significaron un obstáculo serio para su expansión. La persecución decretada por Nerón en Roma en el 64 obedeció más que nada a una circunstancia coyuntural que permitió al extravagante emperador encontrar un chivo expiatorio ante las masas excitadas. Pero en cualquier caso sirvió para permitir a las autoridades establecer una diferencia entre cristianos y judíos que antes no existía. Ello, si por un lado privó al cristianismo de la tolerancia de que disfrutaba la religión judaica como una religión nacional, por otro liberó a los cristianos en gran medida de las represiones contra los judíos que siguieron a la rebelión del año 70.

Desde que así lo expuso Tertuliano, escritor cristiano del siglo II, se ha mantenido la creencia de que Nerón había decretado una normativa general, el llamado *Institutum Neronianum,* que permitía a las autoridades romanas perseguir a los cristianos por el solo hecho de practicar su religión. Los historiadores modernos mantienen más bien que nunca existió esta legislación y que las relaciones entre cristianos y autoridad estatal estuvieron sometidas a la misma normativa que afectaba a los demás súbditos y religiones. Lo que es indudable es que pronto se expandió entre los ambientes populares de muchas ciudades un amplio sentimiento anticristiano. Las causas de esto fueron muy variadas. En gran medida fue una versión del antijudaísmo agravada por el radicalismo con que los cristianos rechazaban las demás religiones lo que hizo caer sobre ellos la acusación de ateísmo, es decir, de no respetar los dioses tradicionales. Así, en una sociedad como la antigua en que las creencias religiosas invadían todas las esferas de la vida pública y la privada, resultaba fácil achacarles todos los males que sobrevenían a la ciudad. A ello se unió también el ocultismo con que celebraban sus ágapes y reuniones de culto, lo que facilitaba la propagación de bulos y rumores sobre la práctica de orgías sexuales, asesinatos y todo tipo de depravaciones. Se explica que en este contexto las masas, y arrastradas por ellas las autoridades municipales o provinciales, vieran en la satisfacción de estos sentimientos anticristianos una salida fácil a muchos problemas de gobierno interno o de orden público.

Los emperadores *ilustrados* del siglo II trataron de poner freno a estas situaciones, como es el caso de Adriano en su rescripto a Minucio Fundano: *por consiguiente, si los habitantes de una provincia pueden sostener con firmeza y a las claras esta demanda contra los cristianos, de tal modo que les sea posible responder ante un tribunal, a este solo procedimiento habrán de atenerse y no a meras peticiones y gritos.*



Martirio de los cristianos en presencia de Nerón (dibujo a partir de un cuadro de Kaulbach, *La Ilustración Española y Americana*, 1874)

Los apologetas

Este clima hostil sirvió en contrapartida a los cristianos para reflexionar sobre su situación en el mundo y en la sociedad y profundizar en el significado y el alcance del mensaje cristiano. Surgen así en la primera mitad del siglo II los denominados apologetas cristianos. Se trata de pensadores cristianos, instruidos por lo general en el pensamiento y la filosofía griegos, que ante la hostilidad creciente de que son objeto intentan poner los conocimientos al servicio de su fe. Su objetivo es demostrar que la religión cristiana se incardina en el marco de la mejor tra-

dición filosófica griega y que los cristianos pueden ser tan buenos ciudadanos como cualquier seguidor de la religión tradicional romana. Los primeros apologetas fueron cristianos cultos de lengua griega, como los atenienses Cuadrato y Arístides, Justino Mártir, filósofo griego de origen judío convertido al cristianismo, o el sirio Taciano, discípulo suyo. A finales del siglo II aparece el primer escritor y apologeta de lengua latina, Tertuliano, originario de Cartago, que llevará a cabo una amplia producción literaria.

Frente a estas voces cristianas, se levantan otros pensadores paganos que desarrollan y exponen las ideas y pensamientos cristianos imperantes en los ambientes populares y cultos del paganismo, lo que da lugar a debates clarificadores que van permitiendo a los cristianos ocupar un puesto en la sociedad imperial romana. Especialmente clarificador es a este respecto el tratado violentamente anticristiano de Celso, *Discurso verdadero,* escrito hacia el 180 y la respuesta del alejandrino Orígenes en su *Contra Celso*, de mediados del siglo III.

Desde un principio se difundió entre los cristianos la costumbre de fijar por escrito la narración del martirio. Surge así un género literario nuevo en que se refleja con frescura la fe ardiente y los sentimientos de estos testigos de su fe, que alcanzaron una popularidad y después un culto comparable al de los apóstoles y profetas carismáticos de los primeros tiempos. Se extendió también la costumbre de comunicarse unas comunidades a otras estas narraciones, que sirvieron así de instrumento de gran valor para reverdecer la fe dormida de muchas comunidades y alentar el espíritu universalista de la nueva religión.

La existencia de los mártires se convertirá en uno de los argumentos más importantes en manos de los apologetas cristianos y será uno de los hechos que proporcionará mayor popularidad a los cristianos y contribuirá a la difusión de la nueva religión. Como diría Tertuliano, *la sangre de los mártires se convirtió en semilla de nuevos cristianos.*

La tradición posterior tendió a crear mártires por doquier, muchas veces para resaltar la importancia de las propias comunidades. Ello convirtió en un tópico historiográfico la idea de que los cristianos, hasta la paz de Constantino del 312, vivieron en una situación de acoso y persecución permanentes por parte de las autoridades romanas. La realidad fue muy diferente. La situación normal fue la de tolerancia y lo excepcional, los momentos de persecución. Hasta mediados del siglo III no habrá persecuciones sistemáticas y generalizadas, sino únicamente casos aislados producto de circunstancias concretas y siempre localizados. En este contexto se sitúan algunos martirios famosos del siglo II como el del obispo de Esmirna, Policarpo, en el 156; los mártires de Lyon y Vienne en la Galia en el 177; los mártires Scillitanos en Numidia y Perpetua y Felicidad en Cartago en el 180-181.

Las narraciones de estos martirios se han conservado y son preciosas piezas literarias con visos de gran autenticidad. Así pues, en esta época es más correcto hablar de un clima social de impopularidad y de tolerancia política, pendiente siempre de los sentimientos o la predisposición de las autoridades de turno. Un clima que era común con otras religiones orientales, aunque el cristianismo supo explotar como ninguna otra el tema del martirio como instrumento de proselitismo.

La lucha contra las herejías: el gnosticismo

En el siglo II el cristianismo se constituye en un movimiento religioso claramente diferenciado del judaísmo, con cierto peso numérico en muchas ciudades, que cuenta con personalidades procedentes de los medios intelectuales del momento y de cuya influencia social empiezan a tener conciencia las autoridades políticas, que responden con el desprecio y el recelo, como Marco Aurelio, o la indiferencia. La mayoría de los cristianos ha encontrado un *modus vivendi* con la sociedad aunque persisten algunos fanáticos que creen que el método mejor y más rápido de alcanzar sus ideales religiosos es el martirio, que intentan provocar poniendo en compromiso a los restantes correligionarios. Con todo, los mayores problemas no vienen del exterior, sino de las propias comunidades. En su seno surgen feroces luchas intestinas, por motivos dogmáticos o disciplinares, lo que obligó a los dirigentes religiosos cristianos a



Representación de Sixto I, séptimo papa, cuyo pontificado se extendió, probablemente, desde el 117 al 127; junto a él, san Timoteo (pintura en azul y oro del fondo de una vasija)

reflexionar sobre su fe y a organizarse. Se fueron constituyendo de este modo, a lo largo del siglo II, las bases de lo que será la Iglesia: una institución dotada de una serie de dogmas y de normas disciplinarias. Con ello, el cristianismo dejó de ser una secta religiosa para constituirse en una Iglesia.

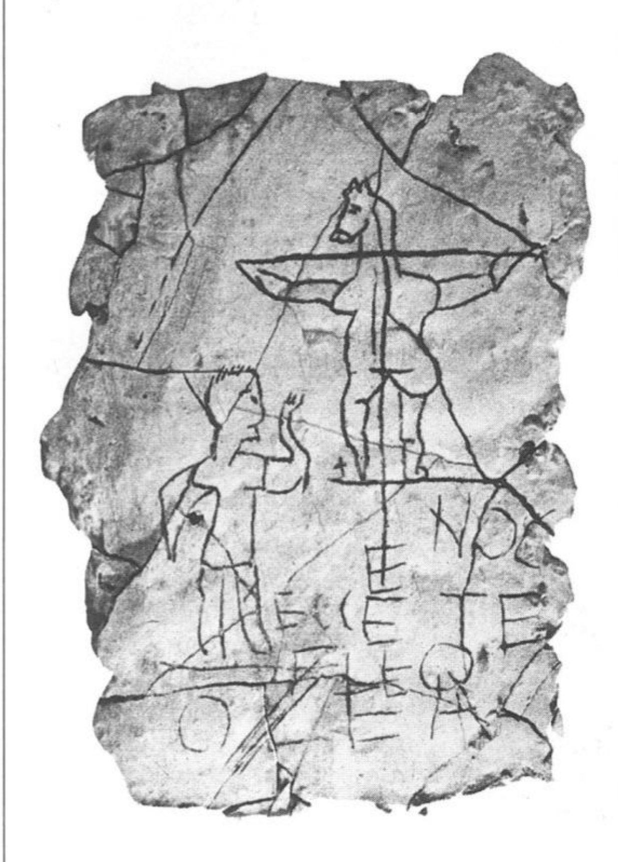
El primer estímulo para este debate interno provino de las herejías, es decir, movimientos de tipo doctrinal o disciplinar que surgen en el seno del propio cristianismo que no fueron aceptados o integrados en la evolución mayoritaria. Al quedar relegados al carácter de minoritarios fueron considerados como movimientos heterodoxos o herejes. Fue la profundización del pensamiento y la reflexión a que dieron lugar estos movimientos —de modo paralelo y contemporáneo al debate con los elementos externos al cristianismo— lo que llevó a configurar al cristianismo a lo largo del siglo II como una Iglesia universal o católica.

Quizá el mayor obstáculo que encontró el cristianismo en este proceso de consolidación fue el llamado gnosticismo. Movimiento de carácter intelectual y religioso de difícil definición y aprehensión, constituye a lo largo del siglo II un poder de atracción paralelo y que lucha contra la tendencia irrefrenable al *aprisionamiento del mensaje cristiano en el marco de una organización elesiástica en la que las aspiraciones y necesidades de la mayoría constituían la regla* (E. Trocmé). Aunque

nacido al margen y quizás antes que el cristianismo, en el siglo II converge en éste y compite en apropiarse el mensaje de la persona y obra de Cristo.

El gnosticismo no constituyó un sis-

Abajo, burla anticristiana del siglo III: adoradores de un burro crucificado. Derecha, representación de un santo en la tapa de un relicario del siglo VI (Museos Vaticanos)



tema de pensamiento unitario, sino que hubo muchos sistemas diferentes y quizá el elemento común a todos ellos fuese la existencia de un conocimiento o *gnosis* superior, reservado a un número limitado de personas escogidas gracias a la existencia en ellas de una chispa divina que se manifiesta en forma de inspiración o revelación. Mediante ella, la parte espiritual del ser humano o alma se libera del aprisionamiento a que está sometido por la materia, el cuerpo, y logra acercarse a la esfera de lo divino. En esta liberación, mediante una revelación, interviene un ser mítico, el Salvador, que después de descender al mundo bajo revestimiento humano asciende junto al Padre abriendo así el camino a aquellos que logran desembarazarse de la prisión de la materia. Este Salvador es identificado en la *gnosis* cristiana con Jesucristo, pero ello no logra liberar al movimiento gnóstico de una variada y riquísima cristología en la que confluyen influencias griegas —especialmente platónicas— bíblicas, egipcias y orientales, persas y babilónicas sobre todo.

El gnosticismo es una de las mejores expresiones de las tendencias sincretistas imperantes en el pensamiento y la religión del mundo helenístico-romano. Al fundirse con el cristianismo se constituyó en un rival muy duro de éste en el aspecto doctrinal, aunque por su excesivo individualismo estuvo reservado a minorías y no llegó a constituir un movimiento de masas. Pero obligó a muchos de los mejores pensadores cristianos del momento a reflexionar sobre muchos aspectos de la fe y la organización de las comunidades y a consolidar así la institución eclesiástica.

Opuesto a una integración en la sociedad grecorromana y a una organización a base de autoridades jerárquicas, aceleró la integración del cristianismo en la sociedad de la época y la adopción del modelo jerárquico de las instituciones civiles grecorromanas.

Hasta hace pocos años, el conocimiento que teníamos del gnosticismo se reducía casi exclusivamente al que nos proporcionaron sus principales refutadores cristianos, especialmente Ireneo, obispo de Lyon, aunque de origen minorasiático, de la segunda mitad del siglo II, e Hipólito, escritor romano de la primera mitad del III. El descubrimiento en 1945 en Nag Hammadi, en el Alto Egipto, de una gran biblioteca gnóstica del siglo IV ha aumentado enormemente nuestro conocimiento de este movimiento religioso y abierto grandes debates que no acaban sino de comenzar.

Sin embargo, desde el punto de vista histórico, el gnosticismo, que constituyó en el siglo II el mayor peligro para la afirmación del cristianismo como Iglesia, en el siglo III quedó reducido a un movimiento muy restringido y minoritario que, sin embargo, prestó importante apoyo ideológico al maniqueísmo, en cierto modo, su continuador religioso.

Otras herejías del siglo II: Marción y Montano

Además del gnosticismo, que surge al margen y de modo paralelo al cristia-



nismo, otros muchos movimientos religiosos se desarrollan en el propio seno del cristianismo en esta época de consolidación y de adecuamiento al entorno social. Por el conocimiento que de ellos tuvieron y por su trascendencia merecen destacarse el Marcionismo y el Montanismo, en cuyo nacimiento y desarrollo se manifiestan, mejor que en los propios pensadores ortodoxos, las tensiones a que estaba sometida la Iglesia.

El pensamiento de Marción surge del deseo de dar respuesta a uno de los problemas que han acuciado a los cristianos desde la misma muerte de su fundador. Si Dios es bueno y si el mundo y la redención son obra de Dios, ¿cómo se explican los ataques y persecuciones de la sociedad pagana, la obstinación de los judíos, el mundo hostil a los cristianos? Marción era un cristiano acomodado, naviero nacido en Ponto, al noreste de Asia Menor, a finales del siglo I. Rechazado en la iglesia de su lugar de origen, en Esmirna y en Roma, se decidió a fundar su propia iglesia, que tuvo un rápido éxito y expansión debido quizás a la simplicidad de sus enseñanzas y al profundo sentido de ayuda mutua basada en el amor fraterno que logró implantar.

La doctrina de Marción está muy próxima al gnosticismo. Los males del mundo son obra de un dios hostil, el dios del Antiguo Testamento, opuesto al Dios bueno revelado en los escritos de los Apóstoles. Pero no todos estos escritos los considera auténticos. Marción sólo reconoce como escritos revelados los que habían surgido o los que eran más conocidos en las regiones de Asia Menor donde él se había formado. Los relacionados con la predicación de Pablo: el *Evangelio* de Lucas y las *Epístolas* de Pablo. Pero aun éstos consideraba que habían sido manipulados, por lo que procedió a una intensa labor de depuración. Estas enseñanzas las acompañó de una moral muy simple y austera, propia de un cristiano que aún confiaba en una *parusía* inminente, por lo que condenaba el matrimonio, exigía una ascesis rigurosa y propugnaba una preparación para el martirio.

También de Asia Menor, de Frigia, una región fértil desde el II milenio a.C. en religiones basadas en la mística y el frenesí espiritual como las de Dionisos y Cibeles, procedía Montano. En la segunda mitad del siglo II comenzó a profetizar una inminente llegada de la *parusía* con el retorno de Cristo, que tendría lugar en la llanura de Pepuza, en Frigia. Se le unieron dos mujeres, Prisca o Priscila y Maximila, que proporcionaron un marcado ardor místico al movimiento. La predicación de Montano, que se consideraba a sí mismo el *paráclito* de los escritos juánicos, estaba basada en la preparación de la llegada de este retorno inminente de Cristo para hacer realidad el reino mesiánico, de ahí, la abstención sexual preconizada y la ascética intransigente como en el caso del Marcionismo.

La consolidación de la Iglesia

Tanto el movimiento de Marción como el de Montano responden al deseo

de sacudir a unas comunidades cristianas que habían renunciado a los ideales y esperas primitivas y se habían amoldado a una convivencia fácil con la sociedad grecorromana del entorno contentándose con una moral acomodaticia de tipo estoico y unas prácticas rituales que habían perdido mucho de su significado primitivo. La rápida expansión por todo el Imperio puso de relieve alguno de los puntos débiles del cristianismo mayoritario y sirvieron de reactivo para afianzar algunos principios de la Iglesia constituyente.

La expansión de las herejías del siglo II planteaba el problema de dónde estaba la doctrina verdadera y dónde la errónea, y la necesidad de establecer fórmulas sencillas para sentar criterios aceptables por todos.

Frente a la variedad de instituciones que proliferaban en las iglesias primitivas, obispos, presbíteros, diáconos, profetas, iluminados y carismáticos, etcétera, a comienzos del siglo II se había empezado a imponer en algunas ciudades de Asia Menor la figura del obispo único *monárquico,* que pronto proliferó y se imitó. La figura del obispo se basaba ideológicamente en la sucesión de un apóstol que había fundado la iglesia respectiva y aseguraba una continuidad en la transmisión del pensamiento del fundador, similar a la existente en la sucesión de maestros en las escuelas filosóficas. Por otra parte pronto se fue rodeando de los atributos y características de los magistrados municipales, estableciéndose una jerarquía eclesiástica paralela a la civil. Ello dio lugar a la consolidación y profundización de la división entre clero y laicado que era ajena al cristianismo de los primeros tiempos.

La reacción ante las herejías fue un elemento decisivo para la consolidación del episcopado monárquico. Pronto se fue imponiendo el principio de que sólo la unión con el obispo que, a su vez, era la garantía de transmisión de las prácticas y creencias tradicionales, podía proporcionar una norma segura para distinguir la enseñanza verdadera de la falsa. Se procedió a elaborar listas, falsas en su mayoría, de sucesiones ininterrumpidas desde los Apóstoles en la sede y se establecieron contactos y reuniones entre los obispos de las distintas regiones o provincias, en imitación de los concilios provinciales que regulaban el culto imperial y el contacto entre las ciudades y los gobernadores. De este modo, el episcopado monárquico se fue consolidando en el siglo II como la institución clave en la organización de la Iglesia y en la conservación de la ortodoxia.

Los movimientos heréticos habían puesto al descubierto otras debilidades de la nueva religión. Era imprescindible estrechar la unidad de las diversas comunidades surgidas en circunstancias muy diversas también en materia de creencias. Una de las razones del rápido éxito del Marcionismo radicó en la comodidad de disponer de unos escritos revelados bien establecidos y accesibles a todos. Por otra parte, los gnósticos hacían proliferar escritos supuestamente elaborados bajo la autoridad de Jesús, de los Apóstoles o de personajes del Antiguo Testamento, que ejercían fascinación en la masa de fieles.

Las iglesias cristianas del siglo II se consagraron a la tarea lenta y difícil de fijar una serie de escritos que fueran aceptados como autoridad por todas las comunidades basándose en que reproducían las palabras y las enseñanzas de Jesús. Puesto que eran muchos los escritos con estas características que circulaban entre las comunidades cristianas, se fue haciendo una selección de aquellos que la mayoría de las comunidades consideraban como obra de los Apóstoles o de sus colaboradores, lo que era una garantía de autenticidad y de reflejo fiel de la tradición. De este modo, hacia mediados del siglo II se constituyó una recopilación de escritos que con el tiempo pasaron a constituir una nueva *Biblia* que pasó a denominarse *Nuevo Testamento* en oposición al *Antiguo Testamento* o *Antigua Alianza.*

Esta lista o *canon* de libros que pasan a formar el *Nuevo Testamento* se fue fijando no sin grandes dudas o vacilaciones. A comienzos del siglo III la mayoría de las iglesias estaba de acuerdo en la mayor parte de las obras a incluir, aunque el proceso no culminó hasta finales del siglo IV. Hacia mediados del siglo II ya se había constituido un *corpus* básico aceptado por casi todos y que configura el *Nuevo Testamento* actual. Unidamente se mantuvieron desacuerdos sobre el *Apocalipsis* de Juan, que rechazaban las iglesias orientales. Las epístolas de Clemente, la *Epístola* de Bernabé, y el *Pastor* de Hermas que eran aceptados



Aristóteles rodeado por sus discípulos (pintura mural de las catacumbas de la Vía Latina)

por algunas iglesias terminaron por ser excluidos.

La lista más antigua conocida es el llamado *Canon de Muratori,* que es la que reconocía la Iglesia de Roma hacia el 200. La inclusión en el canon y su consideración de Escritura Sagrada tuvo una especial importancia en cuanto que garantizó la inalterabilidad de su texto, en contraposición con las modificaciones que fueron experimentando otras obras no incluidas.

La formación del canon del *Nuevo Testamento* fue paralela al establecimiento de fórmulas o profesiones de fe simples y sencillas en que se condensaban los puntos teóricos de las creencias comunes a todas las comunidades. Se utilizaban como fórmulas a recitar en el bautismo y como modo de distinguir a los que permanecían en la ortodoxia frente a la herejía. De las diversas variantes que circulaban entre las distintas comunidades se impuso la fórmula trinitaria que declaraba la fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a la que con el tiempo se añadieron las creencias en otras enseñanzas, con lo que fue formándose la fórmula del Credo, denominado apostólico, por la creencia de que había sido redactado por los Apóstoles.

La relajación del cristianismo en el siglo III

El siglo II vio, pues, la consolidación del cristianismo como institución y como sistema de creencias, al tiempo que se expandía geográficamente e incluía en su seno personas procedentes de todos los grupos y clases sociales que componían el Imperio. De secta religiosa que era en un principio había pasado a ser una Iglesia de carácter universal. Como indica el autor anónimo de la llamada *Epístola a Diogneto,* obra preciosa, quizá de finales del siglo

II, los cristianos constituyen ya en el mundo una nación nueva que estaba transformando la sociedad.

A pesar de su expansión y de su número creciente, la hostilidad popular y el recelo de las autoridades no habían disminuido. Incluso, con la instauración de la dinastía de los Severos, que lleva a

Cronología

H. 6 a.C.: *Nacimiento de Jesús de Nazaret durante el reinado de Augusto.*

14-37: *Reinado del emperador Tiberio.*

H. 26-36: *Poncio Pilato es procurador de la* Syria Palaestinensis, *que incluye Judea.*

H. 30: *Jesús es crucificado por orden de Poncio Pilato.*

H. 43: *El emperador Claudio ordena una expulsión de judíos de Roma por tumultos provocados posiblemente por enfrentamientos con cristianos.*

51-52: *Pablo predica en Corinto durante el gobierno en la provincia del procónsul Galión.*

H. 58: *Pablo es detenido en Jerusalén y remitido a Cesarea al procurador Félix. Poco después éste le envía a Roma.*

64: *Nerón hace ajusticiar en Roma a gran número de cristianos, acusándoles de provocar el incendio de la ciudad. Entre las víctimas estuvieron posiblemente Pedro y Pablo.*

70: *Destrucción de Jerusalén por Roma y dispersión de la comunidad cristiana de la ciudad.*

H. 85: *El autor del evangelio y las epístolas de Juan es exiliado en la isla de Patmos con motivo de las represiones a líderes religiosos y filosóficos que caracterizan el reinado de Domiciano (81-98).*

H. 90: *Redacción del* Apocalipsis *de Juan.*

95: *Flavia Domitilla, sobrina de Domiciano, es enviada al exilio acusada de ateísmo, posiblemente por ser cristiana.*

110-113: *Intercambio epistolar entre Trajano y Plinio sobre la conducta a seguir con los cristianos de Bitinia (Asia Menor).*

117: *Martirio en Roma del obispo Ignacio de Antioquía.*

117-138: *Reinado de Adriano, que envía un rescripto a Minucio Fundano sobre los cristianos.*

H. 130: *Apologías de Cuadrato y Arístides, que son las primeras obras apologéticas cristianas para defender la convivencia de los cristianos en la sociedad helenístico-romana.*

156: *Martirio de Policarpo de Esmirna.*

H. 165: *Martirio de Justino.*

177: *Martirio de varios cristianos en Lyon y Vienne, en la Galia.*

H. 180-181: *Martirios en Africa: un grupo de cristianos en Scilli, Numidia y Perpetua y Felicidad en Cartago.*

H. 188: *El esclavo cristiano Calixto, futuro papa de Roma, provoca una quiebra bancaria por lo que es condenado al exilio en Cerdeña, que le fue levantado al poco tiempo por influencia de la filocristiana Marcia, concubina del emperador Commodo.*

202: *Septimio Severo prohíbe el proselitismo judío y cristiano.*

222-235: *Alejandro Severo introduce en el palacio imperial el culto a Cristo, Orfeo, Apolonio de Tiana, etcétera.*

244-249: *Reinado de Filipo el Arabe, emperador cristiano o filocristiano.*

248: *Celebración en Roma del milenario de la celebración de la ciudad, con cuyo motivo algunos cristianos radicales provocan tumultos.*

250-251: *Persecución de Decio.*

254: *Muere Orígenes a consecuencia de las torturas sufridas durante la persecución.*

257-258: *Persecución de Valeriano.*

260: *Galieno inicia una politica de tolerancia y restituye sus bienes a las comunidades cristianas.*

H. 273: *Aureliano hace ejecutar la decisión del Sínodo de Antioquía del 268 de deponer al obispo Pablo de Samosata.*

274: *Aureliano inaugura en Roma un templo al Sol Invictus (25 de diciembre).*

303: *Se inicia la persecución de Diocleciano.*

306: *Termina* de facto *la persecución en Occidente. Constantino es nombrado Augusto de Galia y Britania.*

311: *Galerio publica el* Edicto de Tolerancia.

312: *Constantino derrota a Majencio en el puente Milvio. Conversión del emperador al cristianismo.*

313: Edicto de Milán, *por el que Constantino y Licinio amplían el* Edicto de Galerio.

314: *Primer sínodo de Arlés convocado por Constantino.*

315: *Comienza a aparecer en las monedas el símbolo de Cristo.*

316: *Decreto de Constantino condenando el donatismo.*

324: *Constantino derrota a Licinio y se convierte en único emperador, extendiendo a Oriente los privilegios concedidos a la Iglesia de Occidente.*

325: *Constantino inaugura y preside el Concilio de Nicea, primer concilio ecuménico.*

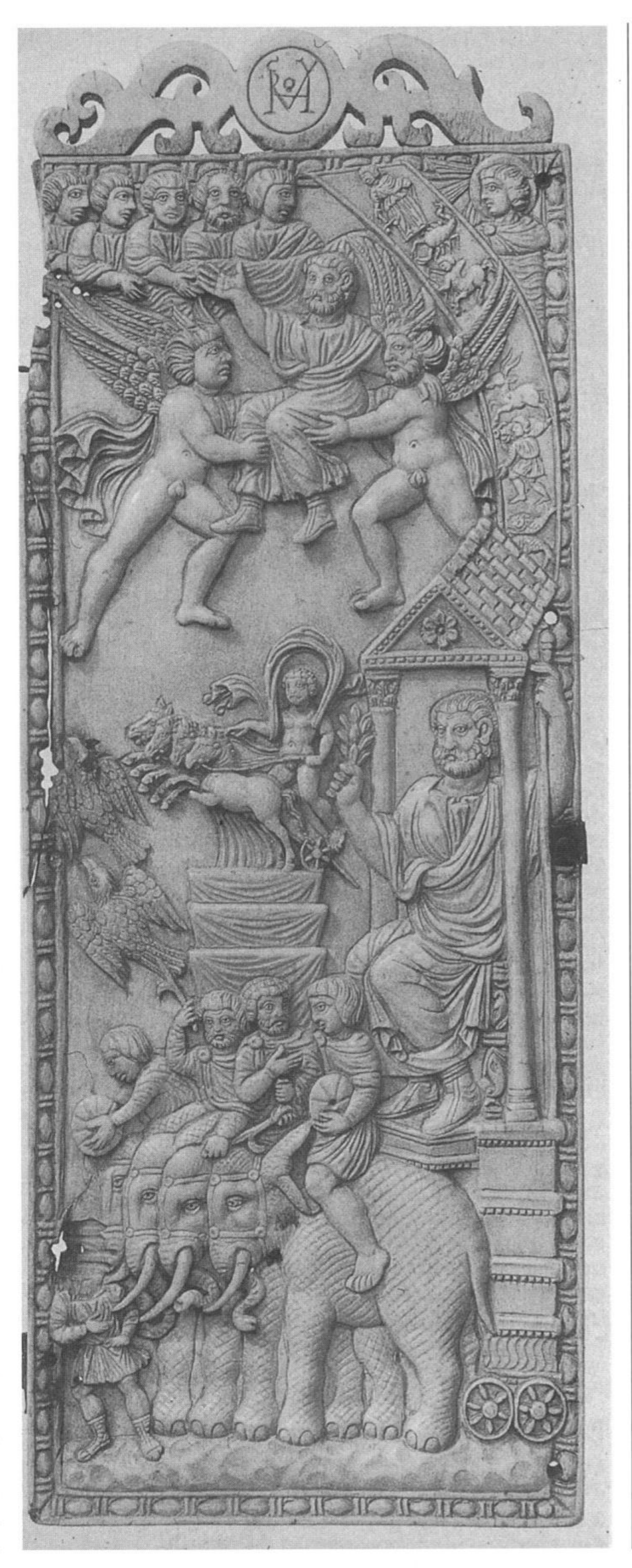
330: *Constantino funda Constantinopla, concebida como la nueva capital cristiana.*

337: *Muerte de Constantino, que previamente recibe el bautismo.*

cabo el reforzamiento de la autoridad imperial en un sentido absolutista y vigoriza las formas de culto al emperador, se incrementa la conciencia de que los cristianos constituyen un obstáculo para la realización de los objetivos políticos de la nueva dinastía. Se explica así el decreto de Septimio Severo del 202 por el que se prohíbe el proselitismo judío y cristiano que más que acabar con la nueva religión se proponía impedir su avance. El decreto obligó a clausurar muchos locales y escuelas cristianos y provocó también un cierto número de mártires especialmente en Oriente y en Africa del Norte.

Pero esta situación no se prolongó mucho e incluso con sus sucesores Heliogábalo (218-222) y Alejandro Severo (222-235) que protegieron las religiones orientales, cambió la situación. Alejandro Severo llegó a venerar a Cristo junto con otros fundadores de religiones. Poco después, Filipo el Arabe (244-249) fue posiblemente cristiano o al menos estuvo muy próximo al cristianismo. Así pues, el siglo III proporcionó un ambiente favorable a la difusión de las religiones de salvación, que en el marco de las dificultades económicas y políticas que caracterizaron la denominada crisis del siglo III prometían un alivio a los males del mundo presente mediante una salvación y una vida feliz ultraterrena.

El cristianismo comienza a ser una religión de masas y, en muchas ciudades orientales, posiblemente mayoritaria. Pero ello se acompañó de una relajación de la norma y las costumbres. En Oriente, Clemente de Alejandría es el principal teórico de esta nueva situación y en sus escritos, al tiempo que lleva a cabo una aproximación del cristianismo a la filosofía griega, defiende una



moral y unas prácticas cristianas compatibles con la sociedad pagana que facilitan la transformación de la nueva religión en una religión de masas.

Pero este proceso no se lleva a cabo sin fuertes disensiones y enfrentamientos internos que agudizan una vieja polémica sobre la posibilidad de conceder perdón de los pecados cometidos tras el bautismo. La polémica alcanzó especial virulencia en Roma por la actuación de Calixto. Antiguo esclavo con un pasado oscuro que le había llevado al destierro por sus actividades bancarias, poco antes de acceder a la sede episcopal de Roma en el 217 publicó un edicto por el que se declaraba abiertamente la facultad de las autoridades eclesiásticas para conceder el perdón de los pecados y readmitir a los pecadores en la iglesia. El edicto afectaba especialmente a los pecados relacionados con el sexo y trataba de regular la situación de concubinato legal en que se encontraban las mujeres de clase senatorial unidas a esclavos o personas de estamentos inferiores.

El edicto provocó un profundo rechazo en sectores radicales encabezados por el escritor y polemista Hipólito, elegido también obispo por sus seguidores, provocando un cisma en la Iglesia de Roma. El hecho demuestra hasta qué punto resultaba a veces problemática la convivencia de la *nueva* nación cristiana con la *vieja* nación pagana.

El relajamiento alcanza también a las jerarquías eclesiásticas, que disfrutan ya de muchos de los honores y privilegios de las civiles y son apetecidas por las ventajas materiales que reportan y la consideración social de que son objeto. Cristianos intransigentes, como Orígenes en Oriente o Cipriano de Cartago en Occidente, lanzan sus críticas acerbas contra esta relajación del clero y de los laicos que alejaba profundamente al cristianismo de los viejos principios e ideales. Lo que la nueva religión ganaba en poder y número de adeptos lo perdía en lo que respecta al estímulo religioso y ejemplaridad de vida que la habían caracterizado en su primer siglo de existencia.

El choque con las autoridades

Esta situación cambió radicalmente a mediados del siglo III. El 249 el emperador Decio, descendiente de una familia senatorial romana, trató de reavivar las tradiciones y reforzar la unidad del Imperio en torno a la persona del emperador, restaurando y fomentando el culto imperial. En este empeño, el cristianismo representaba un obstáculo ya considerable por su amplia implantación social. Recién subido al poder, dictó un edicto por el que se obligaba a todos los cristianos a realizar actos externos y públicos de sumisión religiosa al emperador y a los dioses oficiales. A los que lo hacían se les entregaba un certificado *(libellus)* de haber realizado el acto para no ser molestados de nuevo y los que se negaban podían ser encarcelados, torturados y condenados a muerte.

La persecución de Decio produjo una profunda convulsión en las iglesias cristianas. Fueron muchísimos los que accedieron de una forma u otra a hacerse con un *libellus,* aunque fueron muchos también los que pagaron un rechazo con la cárcel o el martirio. Pero la persecución no logró sus objetivos. Al cabo de un año, las medidas comenzaron a suavizarse a lo que contribuyó, en parte, la opinión pública, impresionada por los excesos cometidos.

Cuando el 251 murió Decio, la persecución ya no estaba en vigor. Con sus inmediatos sucesores hubo persecuciones localizadas, pero el 257 Valeriano inició otra persecución general aunque más selectiva. Se trataba de privar a la Iglesia de líderes y de su organización, por lo que se prohibían las reuniones religiosas y sólo se obligaba a ofrecer sacrificios a los miembros de la jerarquía eclesiástica.

Un segundo decreto, del 258, iba dirigido contra los cristianos de las clases altas, de la administración o del ejército a los que se privaba de sus rangos, dignidades y bienes. También las medidas de Valeriano produjeron numerosos mártires, pero terminó en el 260 al caer el emperador en manos de los persas. Su hijo Galieno, un neoplatónico convencido que aborrecía la violencia religiosa, no sólo terminó con las persecuciones sino que dictó medidas para devolver a los cristianos sus lugares de culto y facilitar el ejercicio de su religión. Se inició así una larga era de paz de casi medio siglo, interrumpida sólo por hechos accidentales.

Las persecuciones de Decio y Vale-



El martirio de san Eustaquio (mosaico, Museo de Pavía)

riano produjeron gran número de mártires, pero sobre todo alteraron profundamente el desarrollo de la Iglesia. Habían sido muchos los cristianos, incluido obispos, que habían cedido a las presiones, los denominados *lapsi,* y surgieron profundas divergencias sobre la actitud a tener frente a ellos una vez pasada la persecución. Frente a actitudes intransigentes que defendían que debían permanecer alejados de por vida de la Iglesia, surgieron otras posturas más realistas como la de los obispos de Roma, que apoyaban su reingreso. Ello provocó nuevas divisiones internas y cismas, algunos de los cuales se prolongarán en el siglo IV.

Se rompió la comunicación entre unas comunidades y otras y se produjo una profunda quiebra moral de la capacidad de testimonio de los cristianos ante la sociedad, sólo parcialmente contrarrestada por los ejemplos de los mártires.

Por otro lado, se incrementó enormemente el prestigio y autoridad de los *confesores,* los cristianos que habían resistido el encarcelamiento y las torturas, y que en muchos casos fueron considerados como líderes carismáticos que reemplazaron la autoridad de los obispos. Pero, en general, la Iglesia cristiana, durante los largos años de paz que siguieron hasta Diocleciano, se imbuyó pronto del pragmatismo propio de las instituciones romanas y encontró de nuevo un acomodo en la sociedad de la época. Sólo unos años después de terminada la persecución, los obispos de un sínodo reunido en Antioquía para deponer al obispo Pablo de Samosatal recurrirán al emperador Aureliano para que haga ejecutar sus acuerdos. En general el nivel moral e intelectual de la Iglesia de la segunda mitad del siglo III es muy mediocre. Ello comienza a provocar reacciones y movimientos internos que reclaman una vuelta a los orígenes y a un cristianismo testimonial frente a la sociedad pagana y la Iglesia institucionalizada: surgen así los primeros movimientos ascéticos que desembocarán,

en el siglo siguiente en la enorme difusión del fenómeno monástico.

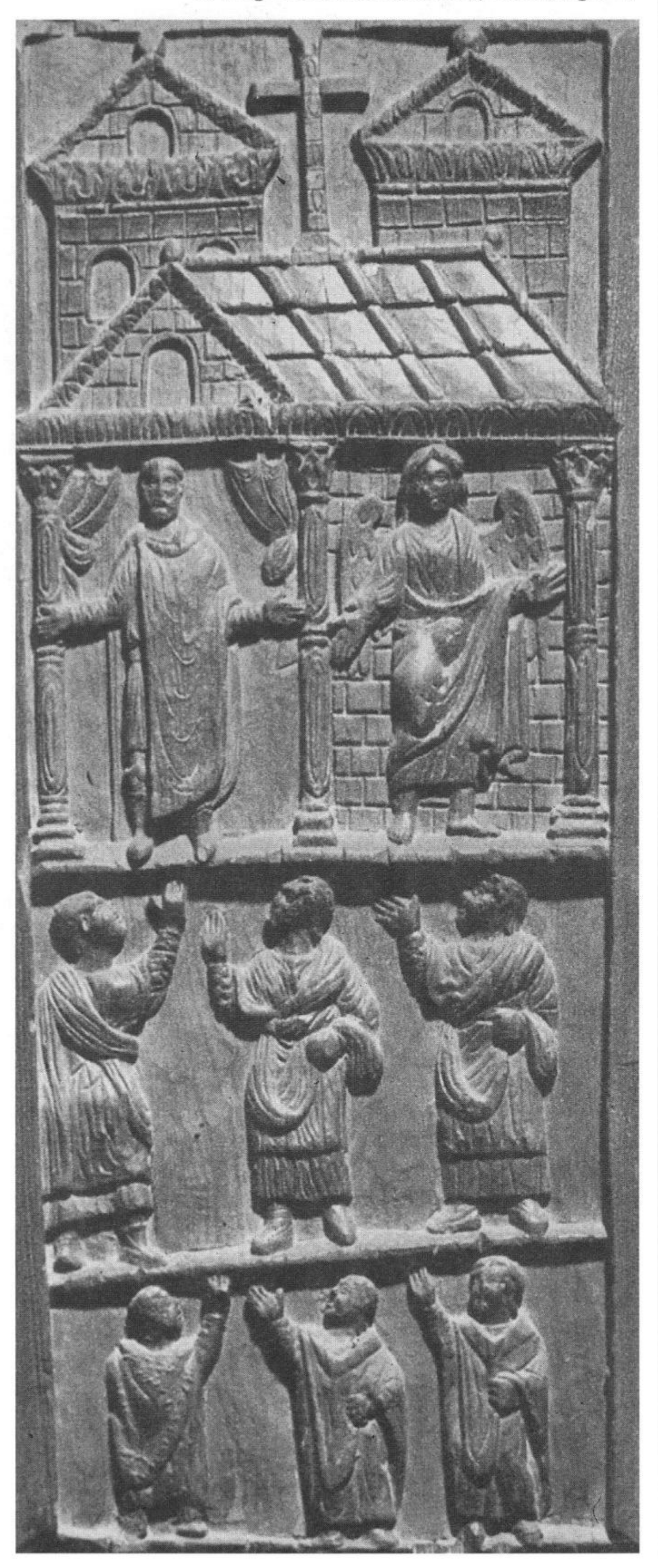
La última persecución: Diocleciano

A partir de su ascenso al poder en el 285, Diocleciano inició una labor profunda de reestructuración y consolidación de las bases políticas, económicas y sociales del Imperio, que había estado a punto de desmoronarse durante la época de anarquía militar de los años precedentes. El nuevo sistema político por él instaurado, la Tetrarquía basada en un reparto del poder entre cuatro emperadores, estaba acompañado de un rearme moral y religioso que debía constituir la fundamentación ideológica de la nueva sociedad.

Ese objetivo encontró de nuevo un obstáculo en la Iglesia cristiana, que en estos momentos era ya un poder sólidamente organizado y cuyos miembros se encontraban ya insertados en todas las esferas de la administración y el ejército, incluida la propia familia imperial donde la esposa y la hija del propio Diocleciano eran cristianas. Ello llevó a Diocleciano, en los últimos años de su reinado, a iniciar una nueva persecución que sería la más cruenta y duradera de las que experimentó el cristianismo antiguo en el ámbito del Imperio.

Parece que fue su colega Galerio quien decidió al reticente Diocleciano a esta persecución. Se inició en el 303 con un decreto, al que siguieron otros tres, que fueron agravando progresivamente las medidas policiales. La persecución alcanzó enorme dureza en todo el Imperio salvo en la Galia y Britania, donde Constancio se limitó a

Representación del triunfo del cristianismo (talla sobre madera en las puertas de la iglesia de Santa Sabina, Roma, siglo V)



destruir los lugares de culto. Los mártires fueron muy numerosos.

A partir del 305 en que abdicó Diocleciano, el ritmo e intensidad de la persecución se vieron condicionados por los avatares de las guerras civiles que se sucedían. En Oriente, Galerio y Maximino Daya mantuvieron las medidas con todo rigor, mientras en Occidente se relajaron y la persecución cesó prácticamente. Esta situación se prolongó en Oriente hasta el año 311 en que Galerio, poco antes de morir, convencido del poco éxito de las medidas violentas y llevado quizá de terrores religiosos, dictó un *Edicto de Tolerancia* que ponía fin a la persecución. Sólo de modo parcial y por poco tiempo Maximino Daya reanudó las medidas anticristianas tras la muerte de Galerio.

El emperador Constantino

Los estragos producidos por las persecuciones de la época tetrárquica fueron enormes y sus consecuencias, similares a las provocadas por las persecuciones de Decio y Valeriano. Sólo la sólida organización institucional de que estaba dotada la Iglesia, el entusiasmo religioso que provocaban los ejemplos de los mártires y el hecho social de que el cristianismo era la religión que mejor respondía a las aspiraciones y exigencias de la mayor parte de la población del Imperio hicieron posible su supervivencia. En estas circunstancias un hecho inesperado cambió totalmente el rumbo de la historia romana y del cristianismo: el acceso al poder de Constantino.

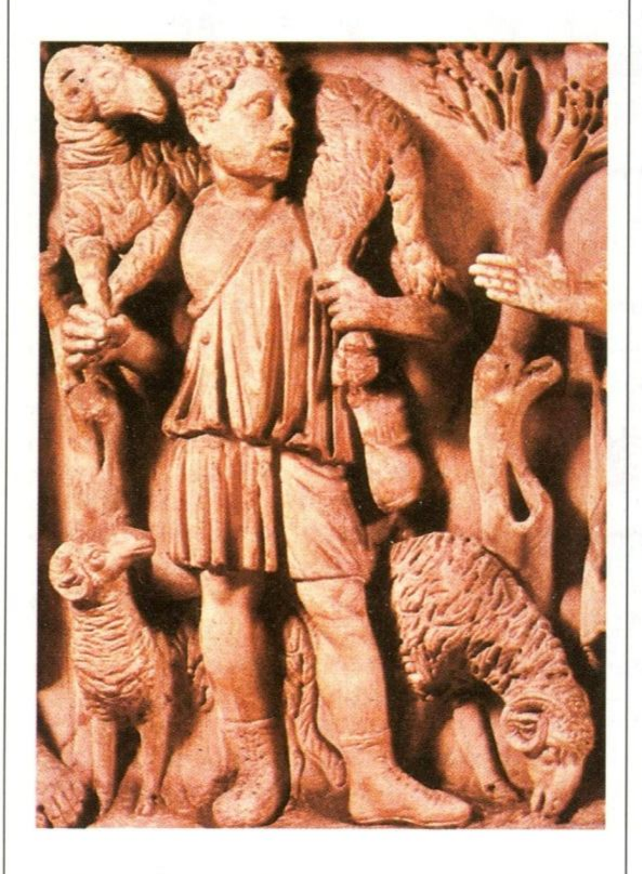
La personalidad y la obra histórica de Constantino constituyen junto con la Revolución francesa uno de los dos temas que han dado lugar a una mayor producción en la historiografía mundial. Y de toda su obra uno de los temas más debatidos es su postura política con respecto al cristianismo. Nacido en el 272 ó 274, era hijo de Constancio Cloro, uno de los componentes de la Tetrarquía; sucede a su padre en el gobierno de la Galia en el 306, y en el 312 se embarca en una guerra civil contra Majencio, que gobernaba Italia y Africa, proporcionándole el control de todo el Occidente. La batalla decisiva contra Majencio, junto al puente Milvio en las afueras de Roma, ha quedado en los anales como uno de los momentos decisivos de la historia del cristianismo. Los historiadores cristianos contemporáneos, Lactancio y Eusebio de Cesarea, atribuyeron la victoria al hecho de haber ordenado inscribir el nombre de Cristo en los escudos de todos sus soldados, por inspiración del Dios de los cristianos, tras una visión que había provocado su conversión al cristianismo. Tras su victoria y su entrada en Roma comenzó a tomar una serie de medidas en favor de los cristianos que trastocaron totalmente la situación anterior.

Constantino hizo suyo inmediatamente y amplió el edicto de tolerancia de Galerio, de común acuerdo con Licinio, quien gobernaba las regiones danubianas y el Ilírico, mediante lo que la tradición eclesiástica llamó impropiamente *Edicto de Milán*. Comenzó a intervenir en los asuntos de la Iglesia tratando de poner fin a los cismas y divisiones internas, en especial las que afectaban a Africa, que desde las persecuciones del siglo III había visto surgir dos iglesias antagónicas, la donatista y la oficial, a causa de los problemas derivados de la reinserción de los *lapsi*. Para poner fin a la situación convocó un importante concilio en Arlés el 314 dando valor de fuerza legal a las decisiones del sínodo que condenó al donatismo, aunque la división del cristianismo africano se acentuó más.

Los signos cristianos de la cruz y el crismón comenzaron a aparecer en las monedas y en los emblemas oficiales. La Iglesia cristiana, los obispos y el clero comenzaron a recibir beneficios económicos y privilegios legales. El día del domingo, considerado como sagrado por los cristianos, recibió sanción oficial. Cuando el 324 Constantino derrota a su colega de Oriente, Licinio, y se convierte en único emperador, cosa que no sucedía desde el 285, estos privilegios se extienden a todo el Imperio. El obispo Osio de Córdoba, que estuvo a su lado desde el 312 y durante casi todo su reinado, fue el principal inspirador de esta política, haciendo la labor de consejero del emperador para asuntos religiosos.

La unificación política del Imperio en manos de Constantino coincide con el surgimiento y la propagación por Oriente de la doctrina de Arrio sobre la Trinidad, que provoca pronto profundas divisiones doctrinales y pasio-

nes populares. Constantino, que ha apostado decididamente por el cristianismo como nueva religión que debe proporcionar cohesión ideológica a su Imperio renovado, ve el peligro que representan para lograr este objetivo las divisiones internas de la Iglesia. Siguiendo el precedente del concilio de Arlés, convoca un concilio universal el



325 en Nicea, pequeña ciudad del noroeste de Asia Menor, al que invita a participar a los obispos de toda la cristiandad. Acuden en torno a trescientos, a los que se conceden los honores y privilegios de que gozaban los altos funcionarios civiles, como es el uso de la posta pública. El propio emperador, que aún no ha sido bautizado, preside las sesiones y fuerza las decisiones de los padres conciliares.

El concilio de Nicea es el mejor símbolo del profundo cambio que en pocos años había experimentado el cristianismo en el mundo. De religión perseguida hasta el 311 y todo el aparato del Estado romano volcado en el intento de acabar con ella, 14 años después se ve protegida y privilegiada por este mismo Estado romano y *presidida* por un emperador que no duda en calificarse a sí mismo como *obispo* y *decimotercer apóstol.*

¿Cuáles fueron las causas de este giro copernicano que impuso Constantino? ¿Convicción religiosa sincera? ¿Tacto y oportunismo político? Estas y otras preguntas vienen apasionando y dividiendo a los historiadores desde hace siglos, constituyendo lo que se ha denominado *cuestión constantiniana.* En realidad, creemos que el problema se ha planteado las más de las veces de forma incorrecta, centrándolo en la persona y en los sentimientos religiosos del emperador.

Aunque la política de Constantino tuvo una trascendencia enorme y determinó el futuro del cristianismo hasta nuestros tiempos, hasta el punto de que se puede hablar de dos historias del cristianismo, antes y después de Constantino, la respuesta hay que buscarla en el ambiente religioso imperante en la época, que hizo posible que el cristianismo se convirtiera en una religión universal, diferenciada de las otras con las que tuvo que competir.

Religión y política al final de la Antigüedad

La historia religiosa de los primeros siglos de nuestra era está fuertemente condicionada por la existencia del Imperio Romano. El poder personal de los emperadores romanos evolucionó en un sentido cada vez más absolutista y cada vez más impregnado de sentido religioso. Esta evolución se produce en un contexto de creciente intercomunicación e influencia entre las diferentes religiones practicadas en el ámbito territorial del Imperio en el que se mezclan y confunden los diversos cultos. En medio de ellos aparece el culto de Roma y el emperador, que aspira a convertirse en religión de Estado. Ello da lugar a la aparición paulatina de una ideología que transforma las viejas representaciones religiosas.

El poder absoluto de los emperadores no sólo se proyecta en la esfera política y social, sino también en la religiosa, que tiende a representarse el mundo según el modelo de la monarquía imperial. Al igual que el mundo está gobernado por un soberano que controla y trasciende a los demás poderes que le están subordinados, el mundo divino está regido por un dios supremo que trasciende a los demás poderes divinos o sobrenaturales. La



Izquierda, representación primitiva de Cristo, en la figura del *buen pastor* (detalle de un sarcófago del siglo III). Arriba, Constantino confiere la primacía de la Iglesia y el gobierno de Occidente al papa Silvestre I, leyenda que parece muy lejos de la realidad, pues el emperador ignoró al Papado (fresco del siglo XIII)

teoría del absolutismo monárquico implicaba pues la del monoteísmo religioso.

Este monoteísmo religioso, característica diferenciadora de religiones como el judaísmo y el cristianismo, encontró su mejor expresión dentro del ámbito pagano en el neoplatonismo. Este fue el sistema filosófico-religioso más importante del paganismo tardío. Su origen se atribuía a Ammonio Saccas, un filósofo del siglo III que había abandonado el cristianismo para dedicarse al estudio del pensamiento platónico. Pero el verdadero sistematizador y divulgador de esta filosofía fue su discípulo Plotino (204-270). Egipcio de origen, pasó los años más importantes de su vida enseñando en Roma, donde tuvo una magnífica acogida y gran influencia en la corte imperial de Galieno y en ciertos círculos senatoriales. Aunque profundamente influido por otras concepciones filosóficas como el aristotelismo y el estoicismo, fue un magnífico sistematizador del pensamiento platónico en su vertiente religiosa. Su obra fue completada por su principal discípulo, Porfirio (234-301), un sirio que publicó los escritos del propio Plotino en la obra titulada *Enneadas* y que dio un carácter más religioso que filosófico al neoplatonismo. Con él, el neoplatonismo se convierte en un sistema monista en el orden filosófico y monoteísta en lo religioso. La realidad suprema es el Uno, que es una realidad múltiple que encierra la Bondad y la

Belleza. El Uno, Dios trascendente, se manifiesta y actúa a través del Demiurgo para crear y gobernar el mundo y a través de otros poderes subordinados como los dioses, los ángeles, los demonios, etcétera, que encuentran así su justificación compatible con la unidad fundamental de lo Divino.

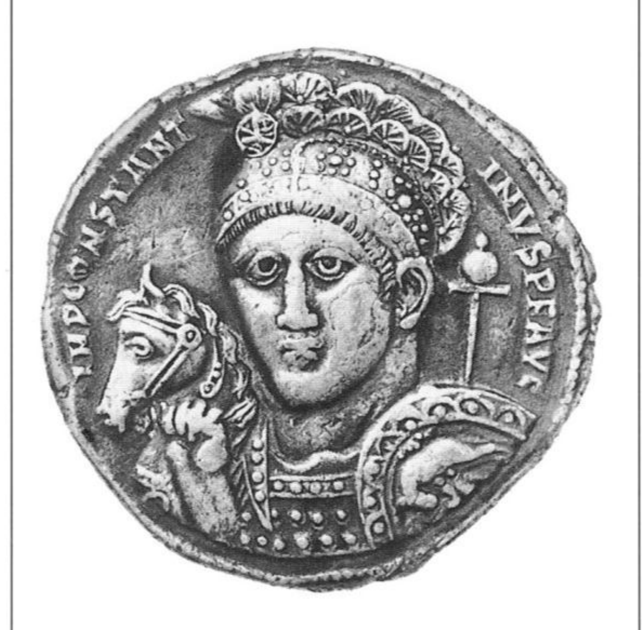
El monoteísmo neoplatónico confluyó con la teología solar, de carácter más popular, de la que también fue teorizador Porfirio y que encontró su máximo defensor en el emperador Aureliano, que la convirtió en religión oficial. *Helios,* el dios solar, es representado como el *restaurador del orbe,* el *portador de la paz,* el *dios supremo,* y el emperador es adorado como la imagen o reflejo del sol, del mismo modo que de acuerdo con la concepción neoplatónica es identificado con el Demiurgo.

Así pues, filosofía, religión, ideología imperial, confluyen en el monoteísmo. El cristianismo no fue ajeno a este proceso. Los neoplatónicos manifestaron una abierta beligerancia contra el cristianismo y el propio Porfirio escribió uno de los tratados más serios y fundados intelectualmente contra el mismo, que Diocleciano se preocupó de propagar. Aunque tras el triunfo del cristianismo fue sistemáticamente destruido, la influencia del pensamiento neoplatónico fue decisiva.

La religión, soporte de la ideología imperial

El principal pensador cristiano del siglo III, el alejandrino Orígenes (185-254), fue discípulo de Ammonio Saccas y su pensamiento está tan influido por el neoplatonismo que el propio Porfirio manifestó un gran respeto y estima por él. Dotado de una enorme cultura que puso al servicio de una ferviente fe cristiana, llevó a cabo una síntesis no superada en la Antigüedad de cultura bíblica y neoplatonismo. En lo que respecta a la interpretación de la Biblia aplicó los métodos de la crítica filológica más avanzada del momento e implantó el método alegórico para interpretar a Homero y otros autores paganos. En el campo doctrinal llevó a cabo la integración del pensamiento cristiano en la filosofía griega. La teoría del ser supremo neoplatónico le sirvió para explicar al Dios Creador bíblico y basándose en la teoría del Demiurgo desarrolló la teología del Logos, Hijo de Dios.

Ideología imperial, filosofía religiosa pagana y teología cristiana confluían en un monoteísmo que era el signo de los nuevos tiempos. Constantino fue un hombre representativo de esta época. En su juventud fue un ferviente seguidor del monoteísmo solar. En el 312 se pasó al monoteísmo cristiano. ¿Se trató de una *conversión* como dan a entender los escritos de la época? En realidad, Constantino no se bautizó hasta el momento de su muerte en el 337. Al tiempo que favorecía al cristianismo, siguió utilizando todos los símbolos paganos que resaltaban el poder imperial y no promulgó ninguna disposición que afectase al desarrollo de la religión tradicional. Formas de culto paganas y cristianas, ideología religiosa grecorromana y teología cristiana se funden y se integran culminando el proceso de sincretismo religioso que había caracterizado al cristianismo desde sus orígenes. El domingo, día del Sol, pasa a ser día del Señor. El 25 de diciembre, día del nacimiento solar, pasa a ser el día del nacimiento de Cristo y el día del nacimiento del emperador. La *prostinesis,* o acto de genuflexión como signo de adoración al emperador, que los cristianos habían rechazado con Diocleciano la aceptan con Constantino y pasa a la liturgia cristiana.



Moneda de Constantino con el monograma del cristianismo

En Nicea se impone para explicar el dogma de la Trinidad la fórmula del *homoousios* o igualdad de sustancia entre las tres personas divinas que Orígenes había tomado de la filosofía neoplatónica. Jerarquía celeste y jerarquía política confluyen en la configuración del nuevo modelo monárquico en el que el emperador, símbolo del Dios trascendente, es la encarnación en la tierra del Hijo de Dios o Logos mediador.

Constantino logró lo que ningún antecesor suyo había conseguido: integrar la religión pagana y la cristiana como soporte de la ideología imperial. Aparentemente, la principal beneficiaria fue la Iglesia cristiana, pero en realidad lo fue el poder imperial. Los cristianos del momento no supieron o no pudieron oponerse a este proceso que puso a la Iglesia al servicio del poder imperial a costa de una paganización profunda del cristianismo.

El obispo Eusebio de Cesarea se convirtió en el teólogo del nuevo poder imperial: *Investido de la imagen de la monarquía celeste, levanta su mirada hacia lo alto y gobierna regulando los asuntos del mundo según la idea de un arquetipo, afirmado por el hecho de que se entrega a imitar la soberanía del soberano celeste. Al rey único sobre la tierra, corresponde el Dios único en el cielo, el Unico, el* Nomos *y* Logos *regio.*

Un Dios, un rey, un Imperio. Los cristianos lo intepretaron como la realización de la *parusía,* la instauración del reino mesiánico de Cristo en el mundo, pero bajo formas muy distintas a como la concibieron los judeocristianos del siglo I. Comienza así una nueva época en la historia de la Humanidad.

Bibliografía

A pesar de lo que puede parecer, no es abundante la bibliografía moderna en castellano sobre el cristianismo antiguo. Entre los Manuales destacamos la *Nueva Historia de la Iglesia I. Desde los orígenes a San Gregorio Magno* por J. Danielou y H. I. Marrou, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1964. Para el conocimiento del ambiente histórico en que surgió el cristianismo es fundamental J. Leipoldt y W. Grundmann, *El Mundo del Nuevo Testamento,* 3 vol., Ediciones Cristiandad, Madrid, 1973 ss. Las mejores monografías, M. Simón y A. Benoit, *El judaísmo y el cristianismo antiguo,* Nueva Clío, Ed. Labor, Barcelona, 1972, con amplia bibliografía; igualmente, el volumen colectivo de la *Historia de las Religiones Siglo XXI,* vol. 5: *Las Religiones en el Mundo Mediterráneo y en el Oriente Próximo* I, especialmente el Ado. V, «El Cristianismo desde los orígenes hasta el Concilio de Nicea», por E. Trocmé, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1983. Una obra clásica, aunque ya algo anticuada, Ch. Guignebert, *El Cristianismo Antiguo,* Breviarios del Fondo de Cultura Económica 114, México, 1956 (3.ª reimpresión 1983). Una buena síntesis, C. Schneider, *El Cristianismo,* en G. Mann-A. Heuss, *Historia Universal* IV 2, *Roma. El Mundo Romano,* Espasa Calpe, Madrid, 1985, pp. 483-580.

Textos y fuentes

Tampoco existe en castellano ninguna colección exhaustiva de textos y fuentes sobre el cristianismo antiguo, salvo los que forman parte del *Nuevo Testamento.* La mejor introducción a la literatura cristiana antigua, no neotestamentaria es J. Quasten, *Patrología,* 3 vol., BAC, Madrid, 1968 ss., con abundante bibliografía, incluida la castellana. Una buena colección de textos sobre el ambiente religioso y social en que surge el cristianismo y del gnosticismo es el citado J. Leipoldt-W. Grundman, *El Mundo del Nuevo Testamento,* II, Texto y Documentos, Madrid, 1975. La mayor parte de los padres apostólicos está accesible en la edición bilingüe de D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos,* BAC, Madrid, 1974. De la abundante literatura apócrifa es accesible la buena edición bilingüe de A. de Santos Otero, *Los Evangelios Apócrifos,* BAC, Madrid, 1984; para la literatura gnóstica, M-W. Meyer ed., *Las enseñanzas secretas de Jesús,* ed. Crítica Barcelona, 1986, traducción del inglés bastante deficiente. La principal obra apologética, Orígenes, *Contra Celso* en la traducción castellana de D. Ruiz Bueno, BAC, Madrid, 1967. La reconstrucción del texto original de Celso se ha podido realizar parcialmente en base a la obra de Orígenes. Puede leerse ahora en castellano en Celso, *El discurso verdadero contra los cristianos,* trad. de Serafín Bodelón, Alianza Editorial, Madrid, 1988. La obra más importante de la Antigüedad sobre la historia del cristianismo es la de Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica,* ed. bilingüe a cargo de A. Velasco Delgado, BAC, 2 vol., Madrid 1973. Para el tema de las persecuciones y la conversión de Constantino, es fundamental Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores,* traducción y comentarios de Ramón Teja, ed, Gredos, Madrid, 1982.

La distancia de detención, o distancia de parada técnica, es la distancia o espacio que recorrerá un vehículo desde el momento que el conductor se apercibe de que debe frenar, hasta el momento en el que el vehículo se detiene totalmente.

Si analizamos esto, veremos que existen o se dan dos "momentos" *claramente diferenciados que conviene conocer. Uno es el* Tiempo de Reacción *(TR), y el otro es la* Distancia de Frenado *(DF).*

El primero, Tiempo de Reacción, *es el tiempo que transcurre desde que el conductor se apercibe de que debe frenar (bien porque vea un peligro, o porque una señal de tráfico o un agente ordenan parar, etc.) hasta el momento que actúa el freno. Durante este tiempo, el vehículo habrá recorrido una distancia que será mayor o menor, dependiendo de la velocidad a la que se circule y de la* capacidad de reacción *del conductor.*

En el tiempo de reacción sólo influyen, como decíamos antes, la velocidad y la capacidad de reacción del conductor, sin que cuente para nada ni el estado de la vía ni el estado del vehículo. El tiempo de reacción de un conductor "normal" *se calcula alrededor de un segundo. Este tiempo aumentará considerablemente si las condiciones psicofísicas del conductor están alteradas por la fatiga, sueño, alcoholemia, medicamentos, drogas o estupefacientes, etc.*





